

# LA PASION

REVISTA GRAFICA DE LA  
SEMANA SANTA DE SEVILLA

FUNDADA  
EN  
1911



MUNICIPIO DE ANTONIO  
CONSEJERIA DE CULTURA

NUESTRA PORTADA:

*Ntra. Sra. de la Amargura, con la hermosa corona  
de oro, que le fué impuesta canónicamente en la fecha  
memorable del 20 de noviembre de 1954*

Foto Hareton



Nihil Obstar

Dr. Francisco de Asís  
Censor

Imprimatur

Sevilla 10 de marzo de 1955

El Vicario General del Arzobispado

Dr. Francisco de P. Carrión



LA COFRADIA  
DE LA  
MACARENA  
EN EL  
SIGLO XVII

La Hermandad de Nuestra Señora de la Esperanza, establecida el día 23 de noviembre de 1590 en la iglesia del Colegio de San Basilio, decidió convertirse en Cofradía de penitencia, bajo la misma advocación, en 1624 y en este año efectuó su primera visita a la Iglesia mayor en la Semana Santa. Veintinueve años después, la Cofradía se traslada a la Iglesia parroquial de San Gil, bajo la mayordomía de Juan Gómez de Silva, y al siguiente, se celebra cabildo general, en el que se adoptan decisivos acuerdos para el futuro de la piadosa asociación.

Que fueron: Denominarse en lo sucesivo Cofradía de la Injusta Sentencia de muerte de Cristo Nuestro Redentor y María Santísima de la Esperanza; que se hiciera un «paso» que representara la Sentencia con todo ornato; que los hermanos que quisieran verter su sangre en memoria de la que derramó Jesucristo, pudieran hacerlo y que todos los viernes se dijera misa al Cristo, labrándose capilla bajo su advocación cuando las condiciones económicas lo permitieran.

Inmediatamente se puso mano al paso de la Sentencia, que estuvo listo, provisto de unos «judíos» feos y nervudos, para el siguiente año; en los sucesivos se fué mejorando, con arreglo del Cristo, lo que importó ciento cuarenta y tres reales de vellón, y utilizando una imagen que la

cofradía tenía, retoque de los «judíos» por Cristóbal Pérez, que los humanizó un poquito y hechura por este escultor de nuevo paso, que importó once mil reales de vellón.

También hubo de remozar el paso de la Virgen, aunque se tardó más tiempo, y se le proveyó de varaes de plata, cielo de terciopelo bordado en oro y abundante candelaría. Solamente los cañones para los varaes, que labró el platero Francisco de Godoy, importaron unos tres mil quinientos reales de vellón; en el palio se invirtieron cinco mil reales.

Y ya en franco camino de prosperidad la Cofradía de la Esperanza e Injusta Sentencia —la Macarena, como popularmente se le conoce en el mundo entero— hubo la fortuna de que por el año 1683 fuera secretario de su junta de oficiales Juan Hurtado de Rivera, hombre que gustaba de ordenar cuidadosamente las cosas que se le encomendaban y por ello, tuvo el acierto de reunir en un volumen las cuentas de los mayordomos desde que se establecieron en San Gil, y cumplir con ello el requisito obligado, pero reiteradamente echado en olvido, de someterlas a la aprobación del Juez de lo Extravagante del Arzobispado, que debía darlas su placet para que tuvieran eficacia en buena justicia. Merced a esta diligencia del escribano susodicho, llegaron hasta nosotros



las cuentas y con ellas los datos necesarios para reconstituir con detalle un desfile de estación de la Cofradía de la Macarena en aquellos tiempos del siglo XVII.



Sobre las nueve de la noche del Jueves Santo llega a la puerta Macarena una ronda extraordinaria que hacíase cargo de la guarda de aquel lugar, pues aquella había de estar abierta toda la noche para permitir el acceso de los pobladores de las huertas y barrios exteriores, los cuales junto con los feligreses de «puertas adentro» llenaban el templo del señor San Gil y las calles adyacentes. Poco después el predicador del año, siempre orador sagrado de buena fama y mejor postín, subió al púlpito para pronunciar el sermón de Pasión, lo que anunciara en el dintel de la cancela principal de la Iglesia un tocador de trompeta, con sones destemplados, que sobrecogían el ánimo, haciendo presentir la tragedia. Menos de hora y media no debía durar la oración, ni más de dos, pues el tiempo apremiaba.

Mientras el buen padre, unas veces Fray Alonso Pérez, otras fray Francisco de San Cirilo, cumplía elocuentemente su cometido, el mayordomo de la Cofradía, con el prioroste y el fiscal, procedían a la puja de las insignias, subastándose la manguilla, el Simpecado, los estandartes verde y morado, el Senatus y el Santo Sudario, por los que se obtenía respetable cantidad para auxilio del coste de la estación.

A la vez se iban concentrando los «hermanos» ataviados según la rama cofradil a que pertenecieron. Los de luz, con túnicas y capirotos morados, los de sangre, con túnicas de cintura abajo, dejando las espaldas al descubierto; los de penitencia, con las vestiduras de «angeo» y el rosario en la mano. Los niños de la Doctrina acudían también vestidos de «esterlín» dispuestos a portear los atributos de la pasión. Y los oficiales de la cofradía se revestían de *lobas nazarenas*, a la vez que empuñaban las correspondientes insignias.

Ya llega el elemento oficial. Un teniente de asistencia, con un Alcalde de la Justicia, dos alguaciles de los Veinte de a caballo, pero a pie, y un mozo de vara de emplazar del Cabildo, los cuales pasan a la Sacristía, donde también está reunido el clero. Cuando el sermón acaba, llega el predicador acompañado del mayordomo, fiscal y prioroste. Han dado ya las doce y todo está prevenido. Se cierra la puerta de la Iglesia para que los curiosos no entorpezcan los últimos retoques. El visitador del Arzobispado ha dado el visto bueno a los «pasos» que están aderezados lujosamente.

La selecta concurrencia congregada en la Sacristía no pierde el tiempo: se sirve chocolate acompañado de bizcochos, dulces de «papelillo» y fresco mosto del Alxarafe. Conviene reparar fuerzas porque la jornada será dura.

Mientras, en la calle, crece el gentío y en los portales y ventanas de las casas se encienden candeliles y velones, sin miedo al derroche de aceite. El bullicio es extraordinario.

Con sonar de atabales y chirimías llega la centuria romana. Los «armaos», sí, señor, mandados por abigarrado capitán que barre las nubes con los airones del yelmo. Las espadas y las picas que portean con ademán guerrero, se las ha facilitado el Cabildo, de aquellas que adquirió en Italia para armar las milicias ciudadanas, cuando se temió que el inglés desembarcara en Cádiz en son de conquista.

Y suena la primera hora del nuevo día, Viernes Santo. La puerta de San Gil se abre, provocando el silencio de la multitud.

Avanza el muñidor, que hace sonar lastimeramente la campanilla. Sigue la manguilla de San Gil con la cera correspondiente. Tras ella, se incorporan los «armaos» con el Senatus abriendo camino al «paso» de la Sentencia, compuesto por

la canastilla de Cristobal Pérez, los feos y nervudos «judíos» y la retocada imagen de Jesús. Dándole escolta van los hermanos de sangre, azotándose las espaldas con disciplinas de alambre. En el arco de Chapineros les refrescarán los doloridos músculos para que puedan continuar hasta el regreso a la parroquia.

Seguidamente aparece el morado estandarte del Crucificado y tras él los chiquillos de la doctrina, que rodean al Santo Sudario, portando los atributos de la pasión. Luego el «paso» del Crucificado, severo, sencillo, alumbrado por ocho mecheros de aceite que hacen que se destaque el Cristo del blanco velo que cuelga de los brazos de la Cruz.

Suenan las músicas de clarines y chirimías y sobre ellas, el lastimero quejido de las trompetas. Ruído triste, pero armónico, que oculta el rastreo de las alpagatas de los costaleros y la salmodia del Rosario, que entre labios rezan los hermanos de penitencia que siguen al Cristo expirante, con sus toscas túnicas de angeo y la sogá como cilicio al cuello.

Hay una pausa; la gente se apretuja más. Del interior de la iglesia salen ramalazos de luz. Avanza el estandarte verde de la Esperanza; vienen los hermanos llenando de oro ardiente todos los rincones de la calle, ellos con túnicas y capirotes nazarenos, el clero con las capas moradas, los oficiales de la Cofradía con las *lobas* de igual color y las varas de plata. Los incensarios arrojan borbotones de humo oloroso a menxú. Pasa el Simpecado.

Al fin, María Santísima de la Esperanza en su trono de plata labrada, bajo el palio de terciopelo negro bordado en oro, los pies iluminados por la cera de colores y Ella severamente vestida de duelo, con el escapulario verde. Las mujeres se arrodillan a su paso y musitan una oración.

Ahora siguen en el desfile los señores de la Justicia, la representación del Cabildo, los alguaciles, los «acompañados». Y cierra el cortejo, que



se aleja en busca de la iglesia Mayor, donde hará estación, ingente masa del pueblo que no puede desprenderse del manto de su Virgen...

Según se pierden en la lejanía las llamitas de los cirios, la luz de luna vuelve a reinar en la calle. Los guardas puestos por el Sr. Asistente en la puerta de la Macarena atizan los pábilos de los candiles para alumbrar su recinto...

Pasó el cortejo suntuoso, rumoroso, entre músicas y oraciones, nubes de incienso y gotas de sangre de los disciplinantes.

Pero se echa algo de falta; ¿verdad, lector amigo? No se dice nada de la saeta, esas saetas del pueblo a su Macarena. ¿Es que en el siglo XVII no se cantaban saetas? No sabemos. Quizás la saeta no había nacido en aquella época, o tal vez los señores mayordomos de la Cofradía no tuvieron por qué molestarse en contabilizarla, puesto que el pueblo las daba gratis. El caso es que los papeles no dicen nada. Pero a buen seguro que esa oración cantada no faltaría en las esquinas de la calle Parras, o al cruzar por la Alameda...

*Aurelio Alvarez Jusúe*

Exclusivo para «La Pasión»

JUNTA DE ANDALUCÍA  
CONSEJERÍA DE CULTURA

